



**Nombre de alumnos: Constantino Ballinas Roxana**

**Nombre del profesor: María de los Ángeles Venegas**

**Nombre del trabajo: Ensayo**

**Materia: Procesos culturales**

**Grado: 6to. Cuatrimestre**

**Grupo: Único**

Comitán de Domínguez Chiapas a 30 de julio de 2021.

Ante la fuerza que recientemente ha cobrado la emigración chiapaneca a Estados Unidos, el presente ensayo analiza los factores que impidieron que los chiapanecos se insertaran en la corriente migratoria de las primeras décadas del siglo pasado. Para ello, analiza su estructura social y su dialéctica histórica, enriquecida con el enfoque del curso de vida, cuya virtud consiste en permitir la intersección del tiempo del individuo con los tiempos del devenir social. Desde esta perspectiva, el entendimiento de la dinámica de la migración chiapaneca supera la visión económica.

El presente texto expone la reciente trayectoria social de la población trabajadora de Chiapas, para comprender el papel pujante que en los últimos tiempos ha tenido la migración de dicho estado en la escenografía internacional. Consiste en que la población chiapaneca sólo se insertó en un proceso de mayor envergadura, la migración internacional a Estados Unidos, cuando el tiempo y el cambio social lo permitieron, no antes, aunque las condiciones sociales hubieran sido de mayores carencias e insatisfacción. La evidencia que sostiene tal ensayo encuentra su base en los cambios de las estructuras sociales, demográficas y políticas en Chiapas.

El análisis del fenómeno de la migración en Chiapas necesariamente implica dilucidar sus atributos sociohistóricos, que han convertido a la entidad en una de las más estudiadas. La propiedad de su base social ha despertado el interés académico desde los ámbitos histórico, antropológico, socioeconómico, político y sociodemográfico. Los procesos provenientes de su estructura interna de larga data y otros de reciente expresión han procreado un Chiapas prismático, móvil y versátil, que ha visto modificados sus paisajes sociales: rurales, étnicos, urbanos y demográficos, con las consecuentes implicaciones en las esferas laboral y política.

Este texto abreva en ideas clásicas y contemporáneas de vocación sociológica, cuyo valor heurístico permitirá explicar un proceso de modernización tardía, manifiesta en una inserción demorada de la migración chiapaneca en el mercado laboral de Estados Unidos.

El modelo teórico de explicación se ha construido con base en la naturaleza misma del cambio social en Chiapas y sus correspondientes trayectorias migratorias, por lo que vale mencionar que esa razón epistémica se erige en el faro teórico que guía e ilumina el objeto de explicación. Con ello, se establece una distancia respecto del catálogo de artefactos teóricos ya construidos sobre migración, que sin duda también tienen sus respectivos valores heurísticos, pero que pudieran estar acordes con otras realidades, no necesariamente con la chiapaneca. En consecuencia, este modelo tampoco se postula como el formato que pueda explicar otros contextos distintos a los de la entidad en cuestión.

### Principios teóricos

Este apartado se centra en exponer una lógica de razonamiento que facilite establecer las bases conceptuales para encuadrar el objeto de explicación, consistente en la comprensión de un proceso de inserción tardía de la población chiapaneca en la

migración internacional. Existe la necesidad de hacer una breve exposición de la dimensión epistémica de construcción y apreciación del objeto de estudio, y recurrir a autores clave que ilustren la perspectiva de pensamiento. En primer lugar, se parte de superar la conceptualización de la migración, yendo más allá del puro evento demográfico, que técnicamente consiste en el desplazamiento de un lugar a otro, cruzando límites municipales, estatales o internacionales, para concebirla como la revelación de las condiciones sociales de existencia del lugar donde los individuos se encuentran insertos y que, en ese marco, ejecutan el acto migratorio. Este principio concibe la migración como un proceso social, con un atributo de síntesis social, lo que la convierte en un campo observable. Al concebir así el acto migratorio, de manera inherente se le atribuye un carácter, además de procesual, existencial. Por lo tanto, se concibe el hecho migratorio como la intersección de condiciones sociales diacrónicas y sincrónicas en un espacio social determinado. La migración, como hecho existencial, asume así la misma condición de otros eventos demográficos, como el nacimiento o la muerte, tal como fueron concebidos por Álvaro Vieira Pinto:

Al discutir la naturaleza de la ciencia demográfica, la concebimos, filosóficamente, como una ciencia antropológica-existencial [...]. Los hechos demográficos habituales sólo tienen realidad cuando se refieren al hombre como ser, al cual hay que atribuirle la dignidad superior de existente (Vieira Pinto, 1982: 235).

En el ámbito metodológico, el mismo autor menciona lo indirecto de la relación establecida de los factores sociales y económicos con la esfera demográfica, pues ocurre mediante la existencia del individuo (Ibid.), es decir, mediante otras representaciones sociales. A esto, Hugo Zemelman (1982) lo llamaría mediaciones y para Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant (1995) significaría “pensar en términos relacionales”.

Entendida entonces la migración como un acto existencial, se pasa a considerar las relaciones sociales como las que detonan, facilitan o inhiben la generación de prácticas de existencia. Para ello, se recuperan nociones fundamentales provenientes de Adam Przeworsky, quien señala:

Si la gente en su vida diaria, al perpetuar sus existencias biológicas, procrear la vida y “hacer historia”, expresa las condiciones sociales de su existencia, debe haber algún mecanismo social por medio del cual las relaciones sociales se expresan en la conducta individual y colectiva (Przeworsky, 1982: 61).

Puede afirmarse que en tanto el migrante ejecuta un acto de existencia, al tiempo que es en sí mismo un portador de relaciones sociales que lo determinan, personifica también el acontecer histórico, que en el caso de Chiapas hace posible comprender por qué existía un perfil de migrante a principios del siglo pasado que era distinto al del migrante del presente milenio.

Los mecanismos a los que Przeworsky se refiere consisten, en parte, en el “juego” que a los individuos se les presenta objetivamente, quienes se ven forzados a jugarlo; “las relaciones sociales son dadas así a los individuos como condiciones objetivas de

opción. Son independientes de la voluntad individual porque se heredan como consecuencia de acciones anteriores” (Przeworsky, 1982: 73), o derivadas de las propias estructuras sociales. El autor aclara que esto no implica que las relaciones sociales sean inmutables, ya que “las acciones de múltiples actores sociales tienen consecuencias para el estado de la sociedad”.

El conjunto de proposiciones teóricas que integran esta sección se compone, entonces, de un entramado de conceptos articulados que hacen posible construir un discurso argumentativo en torno a los grandes procesos sociales ocurridos en Chiapas, que han venido configurando un proceso de migración tardía a Estados Unidos.

Así como la agricultura de plantación tuvo su sincronía con las débiles economías campesinas, también la hubo entre la lucha por la tierra y la migración. La modalidad migratoria desarrollada en ese entonces, consistente en salidas eventuales, le fue funcional a ese movimiento de reclamo político y social que demandaba mantener el vínculo con la comunidad de origen. Después de conseguir la tierra, la migración como medio de vida, en su modalidad de migración internacional, se instauró como un hábitat y cobró su propia dinámica entre las nuevas generaciones. La agricultura de plantación propició la alternancia de la economía parcelaria con el trabajo asalariado temporal y pudo retener población. Igualmente, la lucha campesina hizo lo propio con la migración temporal.

La migración interna. Desde 1970, a la par que la mayoría de los campesinos se alejaba de la plantación cafetalera del Soconusco debido a la incorporación de mano de obra guatemalteca, algunos chiapanecos se apuntaban en las plantaciones también cafetaleras, pero más cercanas a su región de origen, la zona de Jaltenango. Mientras que unos abrían brecha colonizando selvas de la entidad, otros más se organizaban para la conquista de la tierra; sin duda, otros alternaban esas actividades con el trabajo asalariado fuera de la entidad. En un estudio elaborado en 1980, Robert Wasserstrom señalaba que 52% de los encuestados se empleaban en fincas de café, mientras que 25% laboraban en obras públicas (camino de mano de obra) y en la industria de la construcción en calidad de peones de albañil en San Cristóbal de las Casas y Tuxtla Gutiérrez. Añadía que otro porcentaje no especificado se dedicaba al arrendamiento de tierras ladinas para obtener maíz o frutos hortícolas. También identificó que muchas personas combinaban dos, tres o cuatro actividades (Wasserstrom, 1980: 10). Algunos chiapanecos ya aparecían como vendedores ambulantes, productores de aguardiente, alfareros, productores de carbón, etcétera.

Tras el comienzo de una migración furtiva iniciada por oriundos de Chiapas, indígenas y no indígenas<sup>5</sup> a mediados de la década de los años ochenta, siguió 10 años después una migración de mayor visibilidad, tal como lo registró la Encuesta sobre Migración de la Frontera Norte (Emif), que en 1995 contabilizó 2434 chiapanecos con intenciones de cruzar la frontera norte; en 2006 la cifra había subido a 118510, equivalente a un crecimiento porcentual de 4768.9.

La ola migratoria chiapaneca, sin lugar a dudas, revela un desfogue de la fuerza de trabajo que hasta entonces estaba contenida por una serie de circunstancias de la estructura social de la entidad, que una vez fracturada allanó el camino para detonar una explosión migratoria tanto a nivel interno como internacional. Una migración que comenzó con unos cuantos cientos y llegó a decenas de miles de personas incursionando en un mundo ajeno en usos y costumbres, sin medir racionalmente los riesgos inherentes en su cruce y estancia, sin reparar en lo hostil de ese mundo, de idioma ininteligible, de personalidad blanca y excluyente.

Me acostumbré a ver, cada vez que iba a comer a un restaurante en San Francisco, los rostros oscuros de mis compatriotas asomándose desde cada cocina de cada restaurante californiano. Me acostumbré al dolor que me producía ver esa existencia de servidumbre: los albañiles, las empleadas domésticas, los lavacoches, las niñeras, los cientos de campesinos que recogen las frutas y las verduras que compramos en supermercados relucientes; los jornaleros del barrio latino que en la calle César Chávez esperan que alguien los contrate por al menos algunas horas (Acosta, 2004).

Esa salida de chiapanecos hacia Estados Unidos implicó que a la entidad se le caracterizara como una entidad migratoria emergente, junto a Puebla, Veracruz e Hidalgo, concepto distinto al de otra serie de entidades tradicionales de migración internacional, como Jalisco, Michoacán, Zacatecas, Durango y Guanajuato. El posicionamiento de la entidad se revelaba también a través de su tasa de crecimiento media anual (tcma) de 42.3%, situación que convertía a Chiapas en una de las entidades más dinámicas. Estos datos contrastan con lo ocurrido a nivel nacional: un incremento porcentual de 96.4%, con una tcma de 6.3% (Emif, 1995). Otro dato que demuestra ese crecimiento inusitado consiste en que Chiapas pasó de 0.6% a 14% de participación del total del flujo nacional (Emif, 2006).

El hoy migrante internacional constituye el relevo de una carrera migratoria que ha abatido obstáculos en el transcurrir migratorio entablado desde hace un siglo, cuando sus antecesores emprendieron su inserción laboral y, después de un largo tiempo, superaron las dificultades impuestas por la finca, abriendo posterior brecha en territorios ocupados por los señores de la tierra, o en vacantes cuando se trataba de terrenos selváticos o de tenencia federal. Luego allanaron el camino hacia distintos destinos laborales en México, para dar el salto ante uno de los mayores obstáculos impuestos por gobierno alguno, que es la doble malla metálica, o el peligroso desierto del Sásabe en la frontera estadounidense con México. El cronómetro de esta trayectoria migratoria hubo de ser dictado por el ritmo del tiempo social, que con su influjo envolvió a las distintas generaciones.

Bien puede considerarse que la argamasa que constituye el perfil del migrante indígena del Chiapas de hoy está integrada por un proceso social de larga duración que construyó un colectivo compuesto por individuos depositantes del proceso histórico que transformó su existencia, pasando de un peón anclado simultáneamente a su pobre tierra y a la de la rica finca del café privado, a un pequeño productor de subsistencia basado en el cultivo del café social. El migrante internacional de hoy al mismo tiempo es depositario de ese

pasado de lucha por el espacio social que fue la conquista de la tierra vía recuperación, invasión, dotación, colonización o compra, y cuyo acceso le fue posible gracias a la organización, la lucha política y el establecimiento de alianzas con otros grupos de campesinos mestizos.

Tras el proceso de modernización que tuvo lugar en la entidad, el migrante indígena también es depositario de nuevas formas de socialización temprana vía la educación, y de una serie de experiencias sociales e individuales debido a una prolongación de la vida que le ha permitido interactuar por mucho más tiempo con más de una generación. Igualmente, ha sido el receptáculo de los cambios en las formas elementales de la vida religiosa y su respectiva secularización, de las alteraciones ocurridas en la otrora inercial vida marital, tanto en su iniciación como en su disolución.

El curso de vida de la población trabajadora en Chiapas, especialmente la indígena, tuvo su devenir de acuerdo con los tiempos históricos que se desarrollaron en un siglo; cada generación, compuesta por los individuos y sus familias, los interiorizaron y socializaron. La estructura de opciones se diversificó cada vez más. A inicios del siglo pasado tuvo lugar la alternancia de la agricultura miserable de los lugares de origen con el trabajo también miserable en las fincas de café. Tiempo después, con la apertura de pequeñas parcelas de cafecultora indígena se asumió una nueva figura, y se optó por alternar el café social con la persistente inserción laboral en calidad de peones asalariados, aunque ya con un destino geográfico distinto debido al reemplazo de éstos en El Soconusco, por la incorporación de trabajadores guatemaltecos.

Era un tiempo intenso de cambios, ya que enseguida comenzaron a abrir brecha en la colonización de la Selva Lacandona, tras el retiro de las compañías madereras. A finales de la década de los años cincuenta, las opciones se habían diversificado todavía más, ya que se contaba con la posibilidad de continuar en las fincas de café, de concentrarse más en el café propio o emprender las primeras incursiones a zonas selváticas. En la década de los años sesenta sobrevino la posibilidad de insertarse también en los complejos de ingeniería civil aplicados en el levantamiento de presas en la entidad, y en la apertura de caminos y carreteras. También se iniciaron las primeras incursiones en la entidad turística por excelencia, Quintana Roo.

Los juegos aumentaron en la década de los setenta, porque además de todavía insertarse en la finca de café y demás actividades señaladas, se abrió la alternativa de aumentar la distancia migratoria a la Ciudad de México, pero también había surgido con potencia inusitada la lucha por la tierra en un terruño que reclamaba su presencia. Los años ochenta quedan marcados por la intensificación de la lucha, con sus costos y beneficios, para alcanzar los noventa con un desfogue de las presiones sociales, políticas y militares de décadas atrás mediante el levantamiento indígena. Para ese entonces, los destinos migratorios nacionales eran familiares. Se había experimentado un cambio existencial del colectivo individual, en cuanto a experiencias acumuladas, transformaciones sociales en los ámbitos de la educación, adquisición de habilidades bilingües, adscripciones religiosas y políticas, que en conjunto sirvieron como una caja de herramientas para que el indígena se auto constituyera en otro ser, poseedor de un nuevo aparato cognitivo.

Sólo el tiempo social, constituido también por los tiempos individuales, permitió abrir el horizonte a un destino de larga distancia y duración, aun cuando ese destino haya puesto a los indígenas más barreras que las experimentadas por otras generaciones de otras entidades del país.

## Bibliografía

Banco Mundial (1982). Chiapas: un estudio de caso de sub-utilización del potencial de desarrollo y ambiente social deprimido. Mimeografiado.

Benjamin, Thomas (1995). Chiapas: tierra rica, pueblo pobre. Historia política y social. México: Grijalbo.

Berger, Peter, y Thomas Luckmann (1968). La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu.

Durand, Jorge (2007). Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense.

Encuesta sobre Migración en la Frontera (Emif) (1995). Encuesta sobre Migración en la Frontera México-Guatemala. México: Colegio de la Frontera Norte/Comisión Nacional de Población/Secretaría del Trabajo y Previsión Social/Secretaría de Relaciones Exteriores/Instituto Nacional de Migración.

García de León, Antonio (2002). Fronteras interiores. Chiapas: una modernidad particular. México: Océano.